

La luz cuadrada de la luna

Todos los derechos reservados.
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *La lumière carrée de la Lune.*
Jin Shin Jyutsu, une médecine ancestrale japonaise
En cubierta: *Cerezo floreciente en una noche de luna* (ca. 1932),

Ohara Koson © rawpixel

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Actes Sud, 2019

Publicado originalmente en Francia

© De la traducción, Mercedes Corral

© Ediciones Siruela, S. A., 2024

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20

www.siruela.com

ISBN: 978-84-19744-46-3

Depósito legal: M-25-2024

Impreso en Anzos

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Véronique Le Normand

LA LUZ CUADRADA DE LA LUNA

Jin shin jyutsu, una medicina ancestral

Traducción del francés
de Mercedes Corral

 Siruela

El Ojo del Tiempo

*A mi queridísima Kyoko...
Y en memoria de su amada madre,
la escritora Yoko Mochizuki,
cuyo apellido significa
«luna llena»*

Para todos los míos

*Después de su paso por el país de Yomi,
dominio de la muerte y de la suciedad,
el dios Izanagi, despojándose de sus ropas, engendró
a las divinidades Yaso magatsuhi no kami
y Oho magatsuhi no kami,
divinidades encorvadas, malignas, a las que se enfrentaron
de inmediato Kamu nahobi no kami y Oho nahobi no kami,
divinidades rectificadoras sanadoras.*

«Crónicas de los hechos antiguos»¹

Índice

I. CÓMO EL JIN SHIN JYUTSU LLEGÓ A MÍ	13
Del cielo – Un gran <i>cairn</i> – Regalo	15
De la naturaleza – El tiempo que dura una respiración – Las manos	19
Del universo – Irrupción de lo efímero – Equilibrio	25
II. LA LLAVE DE LA ARMONÍA	33
Japón – Planeta desconocido – La puerta	35
III. TRAS LOS PASOS DE JIRO MURAI	41
Kaga – Mar y montaña – La fuente	43
Árbol divino – La puerta del templo – Saludo	49
Nombre póstumo – Una orilla y el otro – ADN del alma	55
Primer baño – Corriente central vertical – Kimono	61
Año del Perro – Hermano menor – El séptimo día	67
Blasón – Honor de la casa – Tesoro escondido	73
Nombre de los ancestros – Pozos y pueblo – <i>Kanjis</i>	79
Canto de pájaro – Porcelana y repostería – Precauciones	85

Kaga Onsen – Barrio de los Médicos – La religión del baño	89
Medicinas – Oriente y Occidente – <i>Kojiki</i>	95
Infancia – Mundo flotante – Kendo	105
Primavera, verano – Fiestas y tradiciones – El número	113
Otoño, invierno – Fiestas y tradiciones – La magia del 8	125
Hakusan – Ginkgo y gusano de seda – Vocación	137
Meditación – Montaña sagrada – Revelación	143
Samurái – Cuerpo y alma – Armonía	151
<i>Una pastelería en Tokio</i> – Maestro y alumno – Regalo	157
Bomba atómica – Terremoto – Los pulsos	167
Teatro <i>rakugo</i> – Nuez de ginkgo – La risa	177
Tsujido – Mar y montaña – Testamento	181
Ise Jingû – Una casa humilde – El bonzo	189
Peregrinación – Morada de Amaterasu – <i>Secret no secret</i>	197
Aprender a conocerme (a ayudarme) a mí mismo	203
<i>Notas</i>	215
<i>Bibliografía</i>	221
<i>Mi pequeña cinemateca</i>	223
<i>Agradecimientos</i>	225

I
CÓMO
EL JIN SHIN JYUTSU
LLEGÓ A MÍ

*Sopla hacia Yamato
el viento del oeste,
y las nubes se alejan.
Aunque, como esas nubes,
lejos estés, yo no te olvidaré.*

Kojiki¹

Del cielo

Un gran *cairn*

Regalo

Al principio, hubo un drama.

Septiembre de 2002.

Me encontraba en mi jardín del Vercors cuando me dieron la noticia que trastocó mi vida. Estaba herborizando cuando sonó el teléfono.

Mi hermano se había caído.

Mi hermano menor yacía en el suelo sin vida.

Rotura de aneurisma.

Thierry estaba trabajando en su taller de maestro vidriero, en Bretaña. En un instante, se desplomó al pie de la mesa de trabajo, en medio de un ruido de vidrios rotos. Lo encontraron horas más tarde; la radio que había estado escuchando seguía sonando. Una semana antes habíamos estado juntos en ese mismo jardín de montaña. Con la ayuda de Victor y Rémi, sus hijos, había construido un *cairn*, un gran montículo de piedras calcáreas blancas, un *cairn* más alto que nosotros, con un trozo de hierro oxidado en forma de cruz en la cima que servía de percha para los pájaros.

Empezó el duelo.

Mi hermano y yo solo nos llevábamos dos años. Mis recuerdos de infancia estaban anegados de lágrimas, mis sueños de adolescente devastados por el sentimiento de rabia. Había perdido una parte de mí misma. Ya no sabía quién era en mi propia familia.

Vagaba confusa.

Entre lo visible y lo invisible.

Como en una película japonesa. Como en *Viaje al más allá* de Kiyoshi Kurosawa. Como en *Los cuentos de la luna vaga después de la lluvia* de Kenji Mizoguchi.

En octubre, mi amiga Danielle, que, un año antes, había perdido a su única hija, Mathilde, me llevó en Aviñón a ver a un doctor que la había ayudado. Ponía sus manos sobre el paciente durante una sesión de una hora. Me dejé hacer dos veces, sin preguntar nada. Salía de allí calmada, cada vez más. La tercera vez, confié mi temor al médico. Debía someterme a una mamografía de control quince días más tarde; el radiólogo tenía dudas.

La receta del doctor fue de lo más insólito.

«Fijaremos entre los dos una hora, un rato, en el que pueda usted aislarse. Se sujetará el dedo índice durante quince minutos estando atenta a su respiración. Hará esto todos los días, hasta nuestra próxima cita».

¡Sujetarme el dedo índice!

Sonreí, y lo hice.

No sonreía desde hacía semanas. Todos los días me sujetaba el índice. Todos los días sonreía por dentro. Sonreía pensando en el doctor que me había prescrito ese ejercicio. Me veía desde fuera y eso me hacía sonreír. La chica que se sujeta el dedo para mitigar los dolores de la vida... Sonreía imaginando la cara de todos aquellos a quienes era preferible que no se lo contara. Sonreía evocando el recuerdo de mi hermano; lo imaginaba burlándose él también de mí. Quince días más tarde, la radióloga sonrió al anunciarme que no tenía nada en el pecho.

¿Fue en ese momento cuando me di cuenta de que a los budas se les representaba sonriendo?

Era abril de 2003.

Acababa de hacer, sin saberlo, mi primer ejercicio de ayuda a uno mismo de *jin shin jyutsu*.

A finales de mayo de 2003, el doctor subió a París. Buscaba un lugar para pasar consulta; le presté mi despacho. A cambio, él recibió a mi sobrina.

Mélanie estaba muy deprimida. Después de aquella primera cita empezó a salir del pozo.

La periodista que hay en mí también empezaba a salir a la su-

perficie: «¿No le cansa? ¿Dónde lo ha aprendido? ¿Es un don? ¿Cómo supo usted que tenía ese don?».

Patrick Nasica me respondió muy tranquilamente: «Lo que yo hago también puedes hacerlo tú». ¿Qué era lo que podía hacer yo también? ¿Curarme a mí misma?

Desde que era pequeña, mi cartilla sanitaria estaba bien provista. Había consultado a muchos médicos, tomado muchas medicinas, sufrido operaciones...

¿Curarme a mí misma?

Mi hermano menor había muerto de repente. Me parecía que lógicamente yo era la siguiente de la lista.

¿Ayudar a los demás?

El sufrimiento reinaba dentro de mi familia. Había mucho que hacer.

Pasaban los días; la tristeza continuaba. Estaba bloqueada en una actitud y, de pronto, después de una sola sesión, me había sentido más ligera, había recuperado las ganas de comer, de bromear con los míos, de trabajar en el jardín, de escribir. Algo se había movido en mí. «Lo que yo hago también puedes hacerlo tú». Esta frase resonaba ya en mi interior, veía en ella una promesa de consuelo. Sujetando un solo dedo, era posible iniciar el cambio, salir de un estado para entrar en otro. Era muy simple y estaba a mi disposición en todo momento, sin remedios, sin efectos secundarios. Esa simplicidad pertenecía al orden de lo maravilloso. La persona que me había dicho «Sujétese el dedo índice» debía de tener acceso a algunos secretos de la naturaleza. Se ofrecía a compartirlos conmigo. Yo quería saber más. Quería saberlo todo. Mi curiosidad aumentaba por momentos.

Unos días más tarde, llamé a la puerta de la Asociación de Jin Shin Jyutsu de Francia. Como en Japón, me quité los zapatos para caminar sobre el tatami de Nathalie Max. La especialista me explicó escuetamente que el jin shin jyutsu era un arte de armonización de las energías de origen japonés. Se aprende en cursos de cinco días, o en cursos más cortos de práctica de autoayuda. El jin shin jyutsu es «aprender a conocerse a uno mismo», algo que no tiene

fin. Esta vez, lo que retuve, sobre todo, de nuestro encuentro fue que el hombre a quien se debía el jin shin jyutsu —cuyo nombre yo ni siquiera conseguía pronunciar— era el maestro Jiro Murai.

El maestro había nacido en Japón a finales del siglo XIX. Proveniente de una larga saga de médicos, había decidido elegir otro camino cuando cayó gravemente enfermo. A los veintiséis años, sabiéndose desahuciado, pidió que le llevaran a la montaña para esperar la llegada de la muerte. Allí meditó, ayunó y practicó los mudras. Al cabo de ocho días, para gran asombro de todos, salió de su retiro curado por completo. Entonces decidió dedicar su vida a la investigación de este arte de curación que él bautizó como jin shin jyutsu.

Me llegó el momento de regresar a la montaña y de reencontrarme con el jardín en el que me había enterado de la muerte de mi hermano, el jardín en el que Thierry había dejado su gran *cairn* de piedras. Volví a ver a mi hermano transportando las piedras en una carretilla, disponiéndolas para que se mantuvieran juntas, apartándose para examinar su trabajo. Thierry era un constructor, y ese *cairn* lo encarnaba ahora totalmente. Me sentía impaciente por volver a encontrarme ante ese rastro de él en mi casa.

El *cairn* estaba destrozado.

El hielo había provocado el derrumbe.

Las piedras yacían desordenadas en el suelo. ¿Qué debía hacer con ellas? ¿Moverlas? ¿Sacarlas del jardín? ¿Deshacerme de ellas?

Imaginé un jardín de piedras, como en Japón. Las piedras no se mantenían en vertical, de modo que las dispondría en horizontal. Ocuparían un círculo en el lugar donde se alzaba el *cairn*. Esta transformación me produjo una alegría inmensa. El *cairn* no había desaparecido; había cambiado de forma. Este jardín ilumina ahora la vegetación como una gran luna blanca. Cuando contemplo mi jardín de piedras en los días de bruma, vuelvo a ver el *cairn* de mi hermano.